

De anti-lugares, o la difusión de la narcoarquitectura en Culiacán

On anti-places, or the diffusion of narco architecture in Culiacán

Eloy Méndez Sainz

Colegio de Sonora
emendez@colson.edu.mx

Resumen. Arquitectura y narcotráfico mantienen ligas indisolubles. Cuando el actual desarrollo de éste impacta las distintas esferas de la vida social observamos cómo el mapa de la narco ciudad latinoamericana se reconfigura a partir de inversiones inmobiliarias puntuales tan impactantes que constituyen nuevos paisajes urbanos. Recorrimos Culiacán a la caza de imágenes visuales significativas de la edificación puntual que testimonia vida y muerte, ostentación y dominio del escenario urbano. Hice una ronda preliminar de entrevistas de informantes ligados al diseño y construcción de arquitectura local. También se ha incluido el estudio y consulta de fuentes de segunda mano que reelaboran la experiencia por la vía del reportaje, la novela y la investigación periodística. Con ello se obtendrá la descripción y lectura de ciudad impactada por la inmersión prolongada en la economía y cultura del narcotráfico, una primera guía urbana de reconocimiento de evidencias materiales de relaciones sociales violentadas.

Palabras clave. Anti-lugares; topografía narco; casa narco; Culiacán.

Abstract. Architecture and drug dealing have indissoluble links. When the current development of the later impacts the different spheres of social life, we observe how the map of the drug Latin American city reconfigures through punctual investments in real estate with such an impact that they constitute new urban landscapes. We toured Culiacán hunting for visual significant images of the building that punctually testifies life and death, ostentation and dominion of the urban scenery. We made a preliminary round of interviews with informers linked to the design and building of the local architecture. We have also included the study and consultation of secondary sources that reworked the experience through reportage, novels and journalistic research. This will give the description and reading of a city impacted by the prolonged immersion of drug dealing in the economy and culture; a first urban recognition guide of material evidences of violated social relationships.

Keywords. Anti-places; narco topography; narco house; Culiacán.

Introducción

Arquitectura y narcotráfico mantienen ligas indisolubles. Cuando el actual desarrollo de éste impacta las distintas esferas de la vida social, observamos cómo el mapa de la narcociudad latinoamericana se reconfigura a partir de inversiones inmobiliarias puntuales tan impactantes que constituyen nuevos paisajes urbanos.

Son primicias. A pesar de ser un ámbito conocido desde hace décadas, la presencia inicialmente ‘invisible’, luego simbólica y ahora convertida en realidad turbulenta, no hay estudios especializados en la arquitectura de los abundantes y con frecuencia evidentes ejemplos de construcción ‘incómoda’. Sólo exploramos en esta colaboración la narcoarquitectura como campo de representación del espacio urbano.

La ciudad es corroída. Nuestro eje de reflexión es el carácter simbólico que adquiere un código estético estrechamente ligado con las lealtades y traiciones que mueven los resortes de cantidad de historias. La hipótesis se refiere a la internalización en el consumo de espacio seguro de las reglas sociales establecidas en el interior de los grupos dedicados a traficar. O sea, lejos de desdeñar el *art narcó* (o *art nacó*) debido a su ostentación *kitsch* o

malévola, se argumenta una actitud de duda difusa sobre las prácticas ahora dominantes del urbanismo defensivo y la arquitectura blindada, tan extendidas al ‘exterior’ de los círculos delincuenciales. Se trata de anti-lugares, así que habrá de obviarse la visita a estos sitios ocupados por sus propietarios o vigilados por sicarios, lo que ha obligado a ser prudentes en la observación participante.

Recorrimos Culiacán a la caza de imágenes visuales significativas de la edificación puntual que testimonia vida y muerte, ostentación y dominio del escenario urbano. Hice una ronda preliminar de entrevistas de informantes ligados al diseño y construcción de arquitectura local. También se ha incluido el estudio y consulta de fuentes de segunda mano que reelaboran la experiencia por la vía del reportaje, la novela y la investigación periodística. Con ello se obtendrá la descripción y lectura de ciudad impactada por la inmersión prolongada en la economía y cultura del narcotráfico, una primera guía urbana de reconocimiento de evidencias materiales de relaciones sociales violentadas.

Lugar y anti-lugar

Los ámbitos abarcados por ‘lugar’ varían en dimensiones o ‘escalas’, lo mismo se refiere a la posición de un cuerpo en un punto cartografiado, que a ciudades completas. En el primer caso, Gordon Cullen (1978) y Aldo Rossi (1981) desagregaron el paisaje con descripciones de recorridos peatonales, texturas, muros, o interrelaciones de edificios que definen las marcas distintivas del lugar; en el segundo, Saskia Sassen (2003) recupera la vigencia de la ciudad como lugar en los circuitos de la globalización económica, tecnológica y cultural.

Los lugares se deben a la construcción de la habitabilidad del espacio, apropiado mediante el cultivo de su presentación indistinta. A esto se dedicaban la arquitectura y el urbanismo en la ciudad tradicional, a crear lugares, que aún en la metrópolis moderna descansaban en la articulación del espacio. O sea, el lugar sería la forma temperada de una porción de espacio reconocible por participar en el reencuentro de sensaciones y datos almacenados en la memoria del participante. Si tales pedazos o unidades –diría Christopher Alexander (1971)– se mezclan y enlazan horizontalmente, remiten a la organicidad de la ciudad tradicional, mas si se ordenan según el esquema mental moderno que sigue la forma de árbol, o de liga vertical, se propicia la desarticulación horizontal y con ello la ausencia de relaciones comunitarias. El lugar hace legible el espacio. Al intervenir la memoria, *“la individualidad está en el acontecimiento y en el signo que lo ha fijado”* (Aldo Rossi, 1981, p. 188).

El lugar es sitio de encuentro. Es espacio público. Concepto explorado por Marc Augé en su dimensión antropológica (1994), quien lo reconoce en la confluencia de atribuciones relacionales, históricas e identificatorias, entre otras. Así entendido, el lugar es elemento de identidad al localizar el arraigo del individuo, en principio remitido al lugar de nacimiento. Para Siegfried Kracauer (2008), la meta del viaje moderno es tan simple como la llegada a un lugar nuevo, es el cambio temporal del espacio habitual, lo cual agrega dos cualidades al lugar, la diferencia (respecto a la residencia habitual) y lo efímero, rasgo circunstancial que le atribuye quien está de paso. Temporalidad momentánea y diferenciación revisten al lugar

de acontecimiento, cuyo mayor efecto es que disuelve lo fijo del universo de origen del viajero. Basado en J.J. Gibson, Santos Zunzunegui (2007) señala en consecuencia que el lugar, el objeto, el acontecimiento y la sustancia son factibles de percepción.

El lugar es también un sitio de coexistencia de posiciones, de relaciones de inclusión y exclusión, de distancias y cercanías entre personas y grupos sociales, o sea, sobre la diferencia se agrega la distinción. En el mismo sentido apunta Aldo Rossi (1981), cuando habla del genio del lugar, cuya singularidad de hecho urbano radica en la relación establecida entre el acontecimiento y el signo que le fija, entre la situación –o sitio– y las edificaciones que le corresponden, en el lugar se funden arquitectura y ciudad. También se enriquece con la propuesta de Yi-Fu Tuan (1990), cuando indica que la relación afectuosa y de identificación, establecida individual y socialmente, son claves para diferenciar el lugar respecto al espacio.

Si el informante es el individuo, el lugar será percepción personal. En la medida de coincidencias individuales, serán lugares colectivos, de grupo o comunidad. La diferencia básica en el mapa personal es el lugar personal y el social. Al lugar se opone el espacio en tanto éste es el marco de donde se extraen las partes identificables y marcadas por la historia, los afectos, la pertenencia. También se le opone el no-lugar, que carece de estas características (terminales aéreas, terrestres y marítimas, *malls*, aduanas). Tanto el no-lugar como el espacio pueden dejar de serlo para las personas que se los apropian por razones circunstanciales, pero los sitios que observan una tendencia contraria, a ser enajenados de la posibilidad de ser lugares, serían los anti-lugares, aquéllos que provocan una relación de rechazo, sancionados o estigmatizados por eventos que marcan el sitio al grado de ser evitados en la vida personal y social, pues son asociados con actos criminales, o son vertederos de sustancias contaminantes, y todo lo que se asocia con la sensación de violencia e inseguridad.

Para el problema particular de estudio en Culiacán es conveniente centrarse en el lugar y la posible forma de conversión antitética. Ambas figuras corresponden a lo imaginario y son construidas en el cruce de coordenadas de lo real; ambas responden al imaginario del orden solar dominante en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo, fundido con el imaginario social del orden. El orden se conjuga con la legibilidad y la protección, con las que comparte la dimensión visual. La percepción de la imagen es regida por una idea socializada del orden establecido por la luz.

Topografía narco de Culiacán

Culiacán¹, tierra de ‘culichis’, es la plaza más antigua del narcotráfico mexicano y varios de los capos más destacados provienen de la ciudad y pueblos de su región, ubicada en el

¹ Ver nota al final del texto.

norte de Sinaloa, en especial de Badiraguato² (Malcolm Beith, 2010, pp. 11-13), lo que, unido a su emplazamiento en el noroeste del país y a la relevancia de Estados Unidos como destino más importante de la droga, vuelve al narcotráfico una actividad con alta densidad en la frontera México-USA (ver Plano 1).

El cine, la literatura y el corrido han surtido de imágenes las figuras del narcotráfico y del narcotraficante mexicano. En particular, el corrido –y con él la música popular– ha sido objeto del mayor interés de los estudiosos de la producción cultural en torno al narco. El narcocorrido es, según Juan Carlos Ramírez-Pimienta (2011, p. 14), el corrido que ya no habla tanto sobre personajes valientes y enfrentamientos a balazos entre contrabandistas y autoridades, sino sobre celebraciones en las que abundan el consumo de drogas, la ostentación y en general los excesos. Es decir, que el corrido del narcotráfico se ha ido convirtiendo en narcocorrido en la medida en que la temática pasó del narcotráfico, sus peligros y aventuras, para convertirse en un corrido que enfatiza la vida suntuosa y placentera del narcotraficante. Si bien es un género musical basado en las voces de los marginados, también se trata de historias que halagan a criminales que no vacilan en pagar su propia canción como distintivo de estatus, *“como lo hacen con sus carros lujosos y sus reinas de belleza”*, recogen el punto de vista y lenguaje callejeros de las dualidades que atraviesan al México de hoy en día: *“la miseria y la riqueza extravagante, la cortesía esmerada y la violencia brutal, la corrupción y la locura, la sinceridad y la fantasía, la poesía y la emoción y el romance”* (Elijah Wald, 2001, p. 7).

Aunque el fenómeno se ha extendido, posee signos inequívocos y sesgados de enmarque fronterizo, cuya caricaturización transmite *“la internacionalización del placer y la necesidad o transacción clandestina”* (José Manuel Valenzuela, 2002, p. 27). Según Valenzuela, en el corrido se exhiben la lealtad y el valor, puestos en juego para catapultar al individuo en su arriesgada apuesta de movilidad social en las filas del tráfico ilegal, anudadas en la poderosa capacidad económica y destructiva de la telaraña mafiosa. La historia de Culiacán, ligada a los vaivenes de la actividad en torno a la droga, podría encontrarse en los corridos, fieles expresiones del contexto (Luis O. Montoya, 2008). Además, sería una representación popular de la realidad social que en el narcocorrido exalta las truculencias del asesinato y la confrontación violenta.

Así ha sido ubicado el narcocorrido por algunos especialistas. Coinciden en que es fuente popular de mitos de enlace y comunicación social mediante representaciones dichas en lenguaje coloquial. Ante el variopinto mundo que muestra, ellos han acotado el cuerpo total de composiciones y presentan clasificaciones, paso necesario hacia la interpretación, en las que echan mano a la referencia temática (por ejemplo, en Luis Montoya, 2008). Avelino Gómez (óp. cit.) se basa en valores duales o asociados: vida-muerte, valor-riesgo, pobreza-riqueza, amistad-traición y luego, los objetos o trofeos, como las armas, la mujer y las camionetas.

² Badiraguato habrá de resurgir de sus cenizas. Tendrá que dejar atrás su leyenda negra, que por culpa de algunos cuantos, los badiraguatenses bien nacidos, cargamos con ese estigma que es el narcotráfico. Es un pesado fardo, que nos lastima y ofende (José Caro, 2006, p. 33).

De ahí que el grupo Exterminador registrara en *El jefe de la mafia*: “*Tengo aviones personales/ no nomás en un país/ tengo mis propias mansiones/ en México y en París*”:- o el grupo Los Pelados del Norte dijera “*Ranchos, marquises y hoteles/ tenían en Guadalajara/ se daban la vida de reyes/ no les importaba nada*”, en el *Corrido del comandante Ventura*. La lista de posesiones y logros incluye la casa y, en un grupo apenas urbanizado, se dimensiona en términos rurales a la cola del rancho a manera de hacienda o palacio, o simple casa con impronta ranchera cuando se trata de narcotraficantes menores, que son los más.

Del narcotraficante y su contexto. la literatura ofrece una madeja menos simple. Lenguaje, ciudad y región se repiten, pero la trama es polifacética, confluyen historias y personajes que apuntan al reflejo y recreación de la realidad sin la prisa del duelo o la fiesta, del clímax recurrente en la canción. Así, *El amante de Janis Joplin* (Élmer Mendoza, 2007) fue ubicado en territorio serrano, urbano, costero y transfronterizo, con Culiacán como nudo central –y en éste la cantina El Quijote como un lugar clave de la trama–, en que transcurría la ruta inmediata del trasiego de droga del cártel de Sinaloa en los inicios del siglo XXI. También se ensambla con el quiebre ideológico y de contexto de la generación del 68, “*antes de que este país se haga socialista o comunista o lo que sea, te apuesto mis huevos a que todos se hacen narcos como yo, la raza no quiere tierras, Chato, ni fábricas, ni madres: la raza quiere billetes, quiere jalar la bofa y andar en carros como éste, ¿a poco no?, la raza quiere pistear y andar en el refuego*”. Más que tristeza o desazón ante el deslizamiento generacional y la miseria moral, se apunta al sinsentido y esterilidad de la apuesta guerrillera universitaria a cambio del pragmatismo de la violencia soterrada entre policías y mafiosos por gozar del botín. Luego, en *Balas de plata* (Élmer Mendoza, 2008), la centralidad de Culiacán, El Quijote y la violencia será aún mayor, donde la frase de la primera página será una maldición estadística consumada, “*la modernidad de una ciudad se mide por las armas que truenan en sus calles*” (p. 11).

Culiacán-El Quijote y el corrido saltaron el charco montados en la globalización. Ahora el narrador recorre la ciudad para diferenciar el tejido urbano, donde los narcos han dejado su marca en grandes residencias lujosas insertas en la colonia popular Tierra Blanca, de migrantes serranos, pero la nueva generación se ha trasladado a la colonia Chapultepec y en seguida a Colinas de San Miguel a ocupar residencias discretas que ocultan el lujo, fieles a la máxima “*en este oficio, lo que mata es la envidia*” (Arturo Pérez-Reverte, *La Reina del Sur*, 2008, p. 44), debo agregar: lo que mata es la avidez de sentirse envidiado. Cual peregrino cristiano en tierra de bárbaros se detiene en la capilla del santo Malverde, patrón de causas populares y escogido de los narcos. Y en boca de la ‘Reina’ aventura una respuesta al sinsentido, una posible lógica de auto-explicación. Y en esa medida válida al dar verosimilitud a la trama, pero también en el intento de establecer saberes del submundo, “*Teresa comprendía que el mundo giraba según reglas propias e impenetrables; reglas hechas de albures [...] Y lo que ella podía hacer era asumir esas reglas como suyas*” (ibíd., p. 121).

Ficción y realidad se funden y confunden. Cual si la historia de Pérez-Reverte fuera irónica premonición, el 28 de septiembre de 2007 la policía detuvo en la ciudad de México a Sandra Ávila, la Reina del Pacífico, acusada de ser figura clave en la maraña de relaciones internacionales del cártel de Sinaloa. En entrevista periodística concedida a Julio Scherer García (2009, pp. 151 y 152), la ‘Reina’ de veras enlista los regalos acostumbrados en el medio, “*signos de los dinerales que corren*”: “*carros, joyas, caballos, ranchos*”, extendidos a las “*casas chicas*” —“*están por todos lados*”—; más todavía, como eco de la usanza hacendaria, “*los ranchos tienen su capilla. No hay quien entre a su interior para rezar. Eso no interesa. Importa que la capilla permanezca aseada y hasta con flores. Forma parte del rancho, como la gran sala para las reuniones*”. Tal cual lo confirman los bienes asegurados a Sandra Ávila.

La paródica cinta *Salvando al soldado Pérez*, de Beto Gómez (2011), sirva de corolario provisional de la cultura regional sinaloense y la cultura del narco. La historia de una vida personal-familiar-comunitaria-grupal se resume en el narcocorrido, en los pasajes de Culiacán —en especial la capilla de Malverde— y en la confirmación de la mitomanía tecnológica, las residencias sin medida de confort y decoración, los animales raros, los vehículos, las armas y el vestuario ranchero: la ostentación del escándalo de la posesión sin límite como marca de la distinción. Al lado se exhibe el amor filial, la amistad, la lealtad, la valentía como tributo y atributo, el pragmatismo simplón y la memoria sesgada: la identidad basada en la disposición a la circunstancia extrema de la vida efímera.

El Culiacán de los anti-lugares

En Culiacán, los ‘jefes de jefes’ ocupan residencias espectaculares o discretas, los diferentes actores que giran en torno a su economía ocupan fraccionamientos completos, detentan ranchos, financian templos, capillas, escuelas y edificios corporativos. Casas y residencias narcas, en su mayoría reconocidas como ‘buchonas’³, eran de fácil identificación en el último cuarto del siglo XX en cualquier colonia residencial o popular, hoy día se mimetizan en actitud de integración social, o en disposición dialógica de migrantes rurales de segunda generación, y también de autoprotección.

Del exhibicionismo al mimetismo. Hablar del hábitat de los narcotraficantes es un tópico difícil aun para los especialistas de la arquitectura cuando se trata de catalogarlo fuera de los estereotipos. ‘Lo que todo mundo sabe’ se escapa en el momento de nombrarlo porque es un universo no constatable, porque al denominar se ejemplifica, clasifica y agrupa, pero es abusivo generalizar sobre un conjunto de límites confusos entrelazados con otros conjuntos; o es que al poner un nombre en este caso se adjetiva, se acusa y casi se condena. En este acercamiento predomina la prudencia en las opiniones acerca de un mismo asunto, todas ellas vertidas en entrevistas de campo realizadas por el autor.

³ Este apelativo regional enfatiza el origen de las personas que habitan la Sierra Madre Occidental, que destacan por tener un cuello grande o grueso debido al bocio, el crecimiento de la glándula tiroidea ante la escasez de yodo en agua y alimentos de dicha Sierra, sitio reconocido en el imaginario popular como de cultivo de la marihuana (entrevista a Carlos Jiménez, 15/02/2011).

La entrada del narcotraficante poderoso en el escenario urbano se remite a los años de la segunda posguerra. Las primeras asociaciones de la casa con el ocupante advenedizo se registraron cuando se advirtió el fenómeno de sucesión urbana de los exitosos agricultores de la posrevolución por los frescos inmigrantes recién llegados de la sierra. *“En la década de los cincuenta se empiezan a establecer unas cuantas familias ligadas a la economía del narcotráfico en la colonia Chapultepec. Esta primera arquitectura pasa inadvertida en términos generales porque eran muy pocas casas, pero en los setentas-ochentas empiezan a proliferar en ciertos puntos de la ciudad”* (entrevista a René A. Llanes). Desde el tercer cuarto del siglo XX se instaló el nuevo actor social, hecho visible por la exhibición de sus posesiones, en particular la casa erigida con acento en una tradición dejada atrás por la arquitectura moderna y el crecimiento urbano.

De las edificaciones de la primera horneada de narcotraficantes sólo queda en la memoria la existencia de sus casonas. Hoy ya son sólo recuerdos y ruinas, sólo *“quedan las ruinas del Danubio Azul, punto de reunión, de la tertulia de la época”* (Arturo Gastélum). En seguida, junto al fortalecimiento de la agricultura de exportación vino el auge económico de los sembradíos de amapola y mariguana en la Sierra de Sinaloa, Chihuahua y Durango, el ‘triángulo dorado’. *“El paso de la colonia Tierra Blanca –señalada ‘cuna del narcotráfico’– a otros escenarios se da en esta etapa, porque también se vive entonces en Culiacán un momento de expansión [...] Ubicaría la etapa más reciente, la de la «buchonada», cuando de los noventa a la fecha el proceso se dispara, cuando se dan las luchas encarnizadas de ahora, que vienen de los noventa”* (entrevista a Arturo Gastélum).

Del mismo modo que sucedieron a los viejos ricos de la colonia Chapultepec, ahora son relevados por el vacío y un heterogéneo grupo de sucesores que retoma las residencias que visibilizaron la riqueza derivada de la droga. *“Los últimos veinte años [...] tienen su reflejo en las permanencias de la arquitectura, las edificaciones que están ligadas al narcotráfico se abandonan, se dejan, se venden, se traspasan, el carácter efímero de la arquitectura cobra relevancia [...] restaurantes, bares, table dances, casas de masajes, spa, hay además un importante desbordamiento de estacionamientos”* (entrevista a Arturo Gastélum). La ocupación fugaz de los establecimientos es efecto directo de la falta de planeación, de la inversión que se adelanta a la necesidad, del edificio que interesa valorar como mercancía y no por uso, de la conversión de las construcciones en fachadas del tráfico del dinero ilegal, o de la inestabilidad de capitalistas que hoy duermen en un sitio, mañana en otro y la siguiente semana no se sabe dónde.

Tanto la casa-palacio como la casa-fortaleza fueron estereotipos del narco hasta los años noventa. El capo todopoderoso emergía en presencia edilicia en relación directa al monto de su fortuna por encima del vecindario popular y fuera de las colonias ‘decentes’, donde ofendía con su presencia a las familias bien. La casona se asociaba a la dulce vida, a la impunidad y a la inversión inmobiliaria, pero se mantuvo marginal del hacer ciudad. *“El narco es un fenómeno heterogéneo, en el barrio aparecía como patriarca, pero ya se ha mimetizado con otros grupos por él detonados, que se dedican a la prostitución, la extorsión, los secuestros, el robo de vehículos, con grandes apéndices como los sicarios”*

(entrevista a Horacio Roldán). En las áreas rurales impone su ley y reproduce su forma de vida.

En la vida cotidiana ser narco parece ser como cualquiera. Se ha establecido como icono del mal y del poder; es imagen del terror y la violencia, pero define pautas del placer y obtención del dinero fácil; es hijo cariñoso, hermano fiel, padre solvente, pareja generosa, amigo leal, compadre poderoso y empresario invisible. *“El narco vive en la ambivalencia, está entre dos mundos, él manda, él mata y manda matar, pero como familia quiere que se le reconozca, intenta mimetizarse, quiere ser como los otros y los otros como él”* (Horacio Roldán). Claro, es posible imaginar que rige un flexible acuerdo de premios y castigos, no el terror recogido en la prensa diaria alimentada con innumerables seres anónimos cuya existencia se sugiere prescindible de la vida social, al tiempo que reproduce una estética de la violencia que va más allá del mero registro fotoperiodístico (Lolita Castelán, febrero-marzo 2011, p. 45) a la narco-estética (entrevista a Columba Vértiz, 2011, 1ª parte, p. 64).

Sin embargo, hay también la experiencia directa del ánimo depredador de los narcotraficantes. *“Nosotros somos colonos de Las Quintas, de los años setenta, un fraccionamiento de clase media, donde la calle era de las familias, la bicicleta, las patinetas, había parques, camellones anchos, era un ambiente familiar, la calle era de la gente. Eso ha ido cambiando, mi casa quedó como una isla, rodeada de bunkers, de bardas altas con alambre electrificado arriba, con cámaras, portones completamente cerrados, no se ve para adentro [...] El parque de juegos infantiles ahora se llena de camionetas, porque sirve de casino improvisado, amanece lleno de latas de cerveza, botellas de whisky. Sobre la avenida quedan muy pocas casas, la mayor parte son cervecerías, restaurantes. Casas grandes fueron compradas en efectivo, en dólares y ahora están abandonadas, nadie las usa”* (entrevista a Celia Gastélum). Más que hacer ciudad, con tal apropiación se deshace el tejido social que anima y da sentido al espacio edificado.

Arquitectura buchona. La narcoarquitectura es la arquitectura resultante de la inversión inmobiliaria de los narcotraficantes, de los buchones, en particular la que habitan ellos mismos, así sea de paso. No es un producto estilístico, menos una respuesta a un planteamiento conceptual, tampoco un producto de innovación tecnológica, ni siquiera un conjunto casuístico con rasgos similares que responde a un tipo ideal. Se trata de casas ordinarias que el imaginario popular homogeniza en un estereotipo. Del modo en que el corrido y la novela narra personajes imaginados sobrepuestos a los reales, o de la forma en que el cine y la pintura exhiben el esperpento social de la época, la arquitectura buchona que se imagina y a veces se ve es inseparable de la real, pero no es su calco ni reflejo. Es asimismo cambiante en la medida que está sujeta a la dinámica de los procesos socioculturales.

Entre arquitectos y constructores, la narcoarquitectura es, además, un adjetivo incómodo, una sanción de prácticas. Por eso, Celia Gastélum evita la denominación y prefiere decir que *“es un fenómeno popular en que la gente incorpora, como un rompecabezas, para producir edificios de lo más eclécticos. La gente que tiene los medios trae los materiales de*

donde haya que traerlos, pero la gente común intenta imitar porque «quiero que mi casa sea como la casa de los poderosos hasta donde a mí me alcanza el presupuesto».

Si en sus primeras manifestaciones la narcoarquitectura imitó la de los grandes agricultores, hoy *“concentra todo tipo de elementos, es de ningún lado”* (entrevista a Ricardo Anguiano). O sea, el capo se incluye en la tendencia dominante de la elite, a la cual imita y caricaturiza, pero es a su vez imitado en el intento de *“mostrar una posición social elitista. Lo cual manifiestan de dos maneras: en el uso personal y en la inversión de bienes raíces. En ésta se trata de una inversión rápida que emplea grandes volúmenes de concreto, mucho material, pero sin la intervención de arquitectos. En el uso personal sí hay contratación de profesionales y se logra un uso específico de ellos, por ejemplo, el cierre de espacios, pocas ventanas, más como búnker o trinchera, más que casa. Es una arquitectura muy aceptada a partir de los ochentas por la clase media, al grado de que no sabemos si la arquitectura común es de narco, o si la arquitectura de narco es la arquitectura común”* (entrevista a Jesús F. Aragón). En otras palabras, la distinción es un juego especular continuo en el que el intento de la diferenciación terminal ha sido evidenciar la posesión de lo inalcanzable.

Más que de un estilo o un lenguaje constructivo y expresivo, habrá de hablarse de una actitud ante el consumo. Los narcotraficantes han instrumentado un estilo de vida apoyado en la exacerbación como medida compulsiva en el propósito de distanciarse por encima del vecindario. Tal cosa debe evidenciarse en los excesos de la vida cotidiana, que ha de ser diferente del común de los mortales en los rituales de puesta en escena del cuerpo y la fiesta. *“Es una arquitectura ostentosa, una arquitectura del poder, hecha con un lenguaje que quería denotar la capacidad económica en base al despilfarro y la displicencia en la materialización del neobarroco promovido por el posmodernismo. Éste es una expresión general en la sociedad que al ser empleada por los narcotraficantes hay un abuso, una exageración en el uso de ciertos materiales”* (entrevista a René Llanes). Ricardo Anguiano agrega *“la escultura de cantera, de mármol, en las entradas de las casas, las gárgolas, esculturas de leones, otras de inspiración griega”.*

El dinamismo de manifestaciones no consolidadas evita las clasificaciones definitivas. *“No hay una narco arquitectura, pero hay una arquitectura que te da pistas, pero los narcos ya no viven en esas casas. A lo mejor los elementos de seguridad excesiva también nos dan pistas, sin embargo, también ya han proliferado por Culiacán los fraccionamientos cerrados”* (entrevista a Celia Gastélum). *“La necesidad transforma la arquitectura, si el narco se quiere «camuflajear», el uno se parece al otro y el otro se parece al uno. Encontramos video vigilancia en algunos edificios [...] Llegan a tener ductos y salidas de emergencia, cerrados, no están a la vista”* (Jesús F. Aragón). *“También vemos estructuras, edificios sin terminar que vienen a ser centros comerciales o construcciones inconclusas, o casas que fueron habitadas y luego abandonadas”* (entrevista a René Llanes). Debe sobre todo quedar testimonio en el umbral de la trascendencia más allá de lo existente, en la muerte, y con ella en la arquitectura funeraria. *“Si visitamos el panteón Jardines del Humaya –concluye René Llanes– veremos que sí existe una manifestación específica del narco en la arquitectura funeraria, que incorpora lenguajes neocoloniales y modernos”.*

El panteón Jardines del Humaya se ha convertido en el centro de reunión de los familiares del narco, donde se celebran el día de las madres y el día de los muertos con arreglos florales majestuosos y figuras extravagantes en comidas tradicionales bajo carpas, donde se escucha la banda o 'chirrines', que evocan música y corridos alusivos al festejo o el difunto. La Capilla de Jesús Malverde es el lugar del rito, de ofrendas y promesas millonarias en visitas relámpago en que el creyente se expone, donde se contrata música en ausencia del creyente.



Lugares y anti-lugares

Colonias populares del narco

- 1. Tierra Blanca
- 2. Chapultepec
- 3. Las Quintas
- 4. Colinas de San Miguel
- 5. Los Pinos
- 6. Nuevo Culiacán
- 7. Lomas del Boulevard

El panteón de los narcos

- 8. Jardines del Humaya

Culto al narco

- 9. La Capilla de Jesús Malverde

Mercado de abasto de los grupos de la sierra

- 10. Mercado Rafael Buelna (El Mercadito)

Iglesias representativas de la ciudad

- 11. La Lomita
- 12. Catedral

Centro de reunión de los grupos organizados de Tierra Blanca

- 13. El Danubio Azul

Plazas de reunión de los culichis

- 14. Plaza Forum
- 15. Conjunto Isla Músala

Bar

- 16. Bar El Quijote

Terminales de transferencia y de paso

- 17. Central Internacional de Autobuses

Aeropuerto Internacional

Vialidades representativas de la movilidad en la ciudad

- 18. Aeropuerto Internacional
- 19. Avenida Álvaro Obregón
- 20. Boulevard Francisco I. Madero, Carretera Heroico Colegio Militar y Juan Carrasco (Los chirrines)
- 21. El Puente Negro

Plano 1. Culiacán en 2011. Fuente: Entrevistas en Culiacán, Abril-Agosto de 2011.

‘El Mercadito’ se ha convertido en el lugar de encuentro del recuerdo de los grupos de la sierra, donde se pueden encontrar instrumentos relacionados con las actividades de la sierra y objetos alusivos a la moda ‘buchona’. El Danubio Azul se ha convertido en el sitio de reunión de los jóvenes, donde se destacan las tocadas musicales enfocadas en la música bohemia y rock metálico.

Casa narco

La casa narco responde a prácticas de representación concretas. Debido a las volubles condiciones en torno a su actividad, a la inserción en la sociedad receptora y al abanico de opciones disponibles en la arquitectura prevaleciente, las propuestas son cambiantes, agrupadas en dos respuestas generales, las que enfatizan la presencia del propietario y las que contribuyen a hacerlo invisible. Basadas en arquitectura ordinaria, despliegan sus artificios según los valores preeminentes de la seguridad y el placer.

Ha habido al menos tres momentos diferentes de la casa narco con sus manifestaciones consecuentes. En los años de la posguerra⁴ confluyen: a) el auge agrícola de Sinaloa y el Noroeste mexicanos; b) el desarrollo agroindustrial; y c) el movimiento moderno de la arquitectura. Este primer momento abraza a la elite de los narcos inmigrantes en las residencias modernas. La intrusión en colonias burguesas apareció como una sucesión silenciosa en la que unas fortunas y vecinos eran sustituidos por otros, mientras los cascarones residenciales se mantuvieron. Unos y otros aspiraron y coexistieron con elementos estéticos asociados a la modernidad urbana y los países centrales. En ese sentido, no se introdujeron cambios en el estilo de vida predominante, ni alteraciones importantes de las formas de convivencia.

El segundo momento abarca las dos últimas décadas del siglo XX y el primer lustro del XXI. Los factores anteriores se anudan a nivel local, pero con nuevas características: a) declive y abandono de la política de sustitución de importaciones; b) lo que refuerza la terciarización de Culiacán; y c) emergencia de múltiples tendencias arquitectónicas. El paisaje adquirió los rasgos de la metropolización cristalizada en aglomeraciones dispersas (Horacio Roldán, 2006). Ahora los narcos tienen organizaciones verticales de varios niveles con la figura de cártel, su vecindad es evitada por los nuevos ricos y clases medias que colonizan grandes franjas en exclusiva. Desde luego, esta figura urbanística del condominio es permeada por los narcotraficantes, quienes aprovechan el incremento extraordinario de sus ingresos en auto-representaciones estentóreas aparte de los conjuntos cerrados. Esta difusión ha sido escandalosa, obra nueva que se contrapone vigorosa al lenguaje del movimiento moderno ya deslavado, marca un nuevo estilo de vida y crea cantidad de interferencias en el tejido social, imponiéndose sin compartir en los lugares predispuestos (ver figuras 1 y 2).

⁴ El más acelerado desarrollo urbano de Culiacán inicia en ese periodo, con 22.025 habitantes en 1940, 48.936 en 1950, 85.024 en 1960 y en 1970 alcanzó la cifra de un total de 167.956 habitantes (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 18 de agosto de 2010).



Figura 1. Apunte de residencia



Figura 2. Apunte de residencia

El tercer momento es el lustro más reciente, distintivo por el combate frontal al narcotráfico⁵. Los factores que confluyen en éste son los mismos del momento anterior, cuya cristalización se ha profundizado, sólo se ha agregado una situación de emergencia debido a la confrontación inter-cárteles y la persecución de policías y fuerzas armadas. Ante el acoso, las casonas –muchas en proceso de construcción– han sido abandonadas de súbito y ofrecen un paisaje desolado en tanto el narco se ha replegado, ocultado y disimulado. El abandono del exhibicionismo como disposición en escena del éxito individual, con la búsqueda simultánea del reconocimiento social de una posición distinguida sin menoscabo de recursos, tiene como relevo congruente el debilitamiento de las manifestaciones expresivas al grado de convertirse en componente inocuo del sitio. Pero la irrelevancia visual no impide que éste sea un foco de tensión y por lo mismo interfiera cualquier recreación que haga lugar. Los dispositivos del estilo de vida de lujo y placer instrumentados en artificios domésticos se han introvertido, desplazados al interior discreto, a la vez que se han enfatizado los subterfugios de seguridad para hacer invisible la presencia, vigilancia y escape de residentes (ver figuras 3 y 4).



Figura 3. Apunte de residencia

⁵ Para el año 2000, la población en la ciudad de Culiacán Rosales es de 540.823 habitantes; en 2010: 675.773 habitantes. Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Geografía (18 de agosto de 2010). Archivo histórico de localidades: Descarga de información correspondiente a la Localidad 250060001.

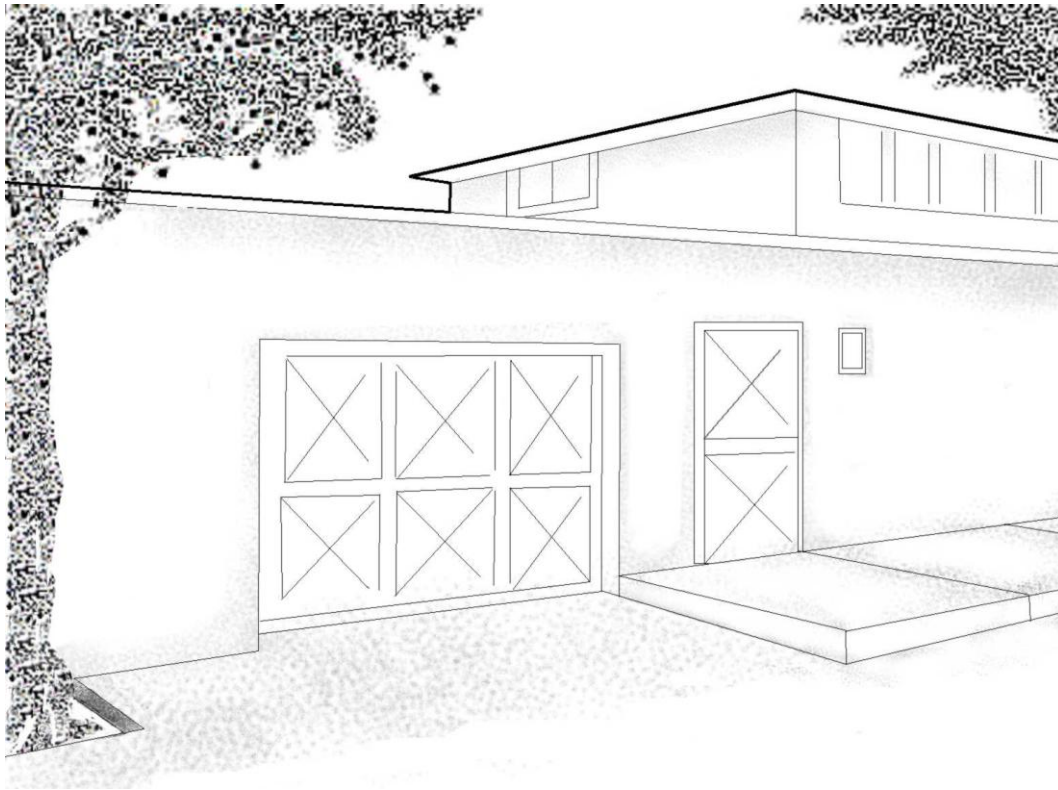


Figura 4. Apunte de residencia

La experiencia más prolífica en prácticas expresivas es la más interesante. Indica la extroversión de individuos relacionados por sus actividades, lealtades y complicidades en agrupaciones que consiguieron las condiciones necesarias para manifestar su identidad –acentuando las diferencias del grupo ante los vecinos–. Tanto la acumulación dineraria instantánea como la incertidumbre de su goce a largo plazo repercutieron en la inversión y construcción compulsivas, propiciatorias de la edificación por agregados en extensión y decoración. Siendo la primera generación urbana, ha construido sobre proyectos acabados que, como en los pueblos de la sierra, crecen con adiciones, exhiben miedo al vacío, consumo sin tope y la expectativa de la muerte que no acaba de llegar: premura de hacerse un lugar entre los vivos.

La casa narco es la manifestación simbólica de una actitud ante la muerte. Es su singularidad en el contexto urbano. Una derivación directa es la arquitectura funeraria, que va del pequeño nicho, oratorio o capillita a la capilla y el templo, con frecuencia a la orilla de carreteras y caminos (James Griffith y Francisco Manzo, 2006), presentes en banquetas, plazas y camellones (figura 5). Realizaciones para señalar el sitio de la muerte violenta de personas asociadas al narco, marcan el territorio inspiradas en el mito de Malverde, cuyo cadáver abandonado a la intemperie pasó de montículo testimonial a capilla. La mayor representación social de este género lo constituye el panteón Jardines del Humaya en las afueras de la ciudad, donde se erigen “*las últimas mansiones*” (Patricia Dávila, 2011) (figuras 6 y 7).



Figura 5. Nicho en una banqueta de Culiacán



Figura 6. Jardines del Humaya



Figura 7. Jardines del Humaya

Componente material del ritual funerario, la tumba contribuye al afán humano de “*retener lo efímero y lo fugitivo*”, o construir para permanecer (Hans-Georg Gadamer, 2002, pp. 112 y 113). La muerte es dotada de sentido en el intercambio simbólico, cuando es dada y recibida, de ahí que se torne asunto de grupo cuando es violenta, lo más cercano al sacrificio primitivo. La disyunción vida-muerte genera en la realidad de los vivos el imaginario de la muerte, una oposición de extremos excluyentes que es posible disolver sólo en términos simbólicos (Jean Baudrillard, 1993). Esta arquitectura es soporte simbólico o representación de una determinada representación del ritual funerario cuyo significado compartido produce formas reconocibles porque es justo lo que se pretende con ellas: sólo representar, por ello debe quedar claro cuál es la forma convenida para hacer legible tal fin.

La mediación simbólica borra los linderos de lo real y lo no-real. La tumba narco se retrae hacia la dimensión primigenia del símbolo arquitectónico, como la columna o el obelisco. “*El objetivo principal de las construcciones de este tipo [simbólico] consiste, pues, en servir de centro de reunión para un pueblo o pueblos, y a este objetivo puede añadirse el de mostrar, a través de la forma dada al edificio, lo que constituye el lazo que une a los hombres, a saber, las representaciones religiosas de los pueblos*” (G.W.F. Hegel, 2001, p. 43). Y así es, a pesar de que las tumbas son expresiones alegóricas, no dejan de ser representaciones de un arquetipo de templo parroquial manufacturado en la Colonia española. La obra fúnebre va más allá del monumento testimonial, es una suerte de casa-sarcófago-templo primitivo

que queda como espacio celebratorio de la familia y el grupo que así simbolizan el retorno a los orígenes serranos ancestrales, ritual reafirmado en la fiesta, “*Ya tengo lista la tumba/ para cuando yo me muera [...] Para cuando yo me muera/ al panteón me llevan flores./ En el panteón de mi pueblo/ hay una tumba vacía/ esperando a que yo muera,/ será cuando Dios decida,/ mientras tanto yo le sigo/ dándole gusto a la vida*” (La tumba, grupo Exterminador).

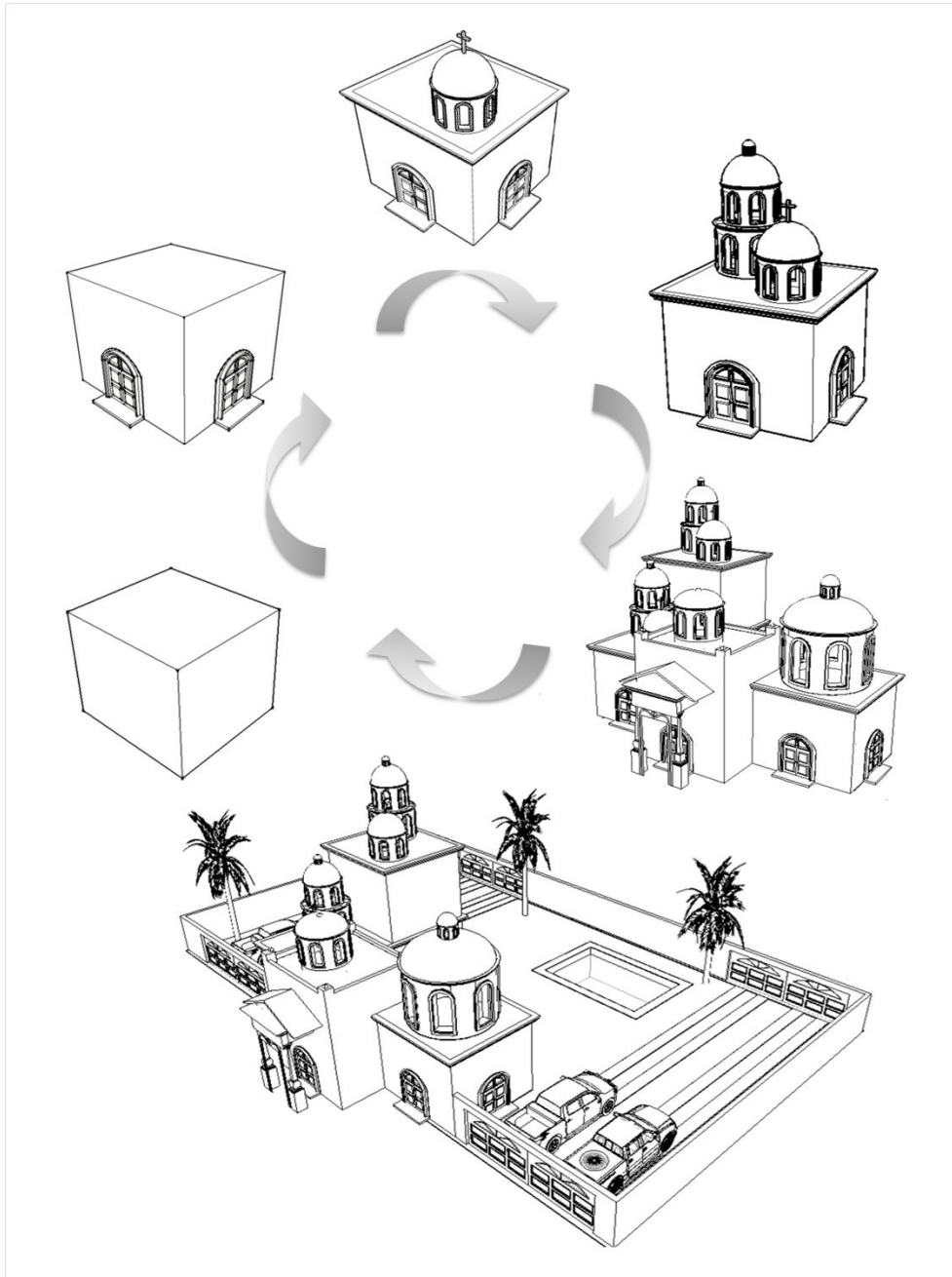


Figura 8. Ilustración de la evolución del diseño narco, desde el cubo módulo básico cristalizado en la tumba hasta la residencia. (Elaboración del autor.)

La otra derivación directa es la casa del fraccionamiento cerrado. Fenómeno masivo ligado al urbanismo defensivo de la globalización, la inseguridad y nuevos estilos de vida y distinción, la casa blindada en el interior de cotos cerrados con múltiples dispositivos de orden y vigilancia, capta en los vecindarios la parafernalia de vecinos y ladrones, aceptan el encierro en un sarcófago antes que morir (Baudrillard, 1993, p. 209), con decorados y lenguajes que potencian las expresiones de control y ostentación espectacular socializando el lenguaje narco.

El primer rasgo en el diseño de la tumba es el predominio del arquetipo colonial. Las tumbas ordenadas en retícula de veredas forman aceras de fachadas compactas y continuas, forman un segmento paisajístico inusual de capillas con extraordinaria densidad en la ocupación del suelo. Indican una comunidad que ha concertado una forma de representación en la lógica de que ante el mismo problema ha de reafirmarse la misma respuesta universal, convertida en rasgo de identidad. El segundo es que la edificación es habitable, no se reduce a una lápida, ni a una escultura, podría reconocerse en ella la intención de lograr una cabaña o templo primitivo. Estas capillas son la medida de otras más amplias que multiplican la dimensión original para convertirse en residencias de reunión (figura 8).

Primero la tumba, luego la casa. La composición es estable, sobre el cubo simple se abren puertas y se agrega el tambor con la cúpula cuya circularidad *“expresa la totalidad de la psique en todos sus aspectos, incluida la relación entre el hombre y el conjunto de la naturaleza”* (Carl G. Jung, 1999, p. 240). En este partido se apoya en seguida la arquitectura blindada, cuyos acabados en piedra se remontan a la petrificación de la arquitectura de madera como representación de la metamorfosis de la cabaña en templo eterno. El retorno a los orígenes y el empleo del lenguaje arquitectónico ordinario también puede entenderse como recurso para obtener una comunicación legible.

Conclusiones

La narcoarquitectura es un fenómeno situado en el ámbito de las formas de consumo. Representa una realidad fragmentaria y fugaz a través del filtro de la percepción de imágenes parciales, contradictorias y cambiantes. Las prácticas del narcotráfico sobre la ciudad y la arquitectura expulsan los requerimientos de habitabilidad que constituyen lugares. Los sitios deshumanizados, desarticulados, desmontados y vaciados crean anti-lugares y con ellos la anti-ciudad.

En este primer acercamiento advertimos la apropiación de la ciudad por el narco. Las prácticas que acompañan su establecimiento implican la expulsión o deterioro de los lugares, por definición habitables. El espacio de los narcos se acota entre la casa y la tumba. En ambas se establece la continuidad de la cultura y actitud ante la muerte. En la disyuntiva vida-muerte ellos producen y reproducen su autorrepresentación, basada en la cristalización simbólica de la muerte. Las propuestas alternativas de construcción de una ciudad humanista se ubican en el campo de la resistencia cotidiana.

Referencias

- Alexander, Christopher (1971). La ciudad no es un árbol. En *La estructura del medio ambiente* (pp. 9-55). Barcelona: Tusquets, 1965.
- Augé, Marc (1994). *Los "no-lugares": Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Baudrillard, Jean (1993). *El intercambio simbólico y la muerte*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana, 1980.
- Beith, Malcolm (2010). *El último narco: Chapo*. México, D. F.: Ediciones B.
- Caro Medina, José de Jesús (2006). *Andanzas por Badiraguato*. México: DIFOCUR.
- Castelán, Lolita (2011). Estética de la violencia, el matiz de la desgracia. *Cuartoscuro: Violencia & Fotografía, año XVII, núm. 106*, febrero-marzo, 44-51.
- Cullen, Gordon (1978). *El paisaje urbano: Tratado de estética urbanística*. Barcelona: Blume, 1971.
- Dávila, Patricia (2011). Sinaloa: las últimas mansiones. *Proceso: El México Narco, 1ª Parte, edición especial, n° 24*, pp. 22-27.
- El Debate*, 21 de Agosto de 2011, Malova busca elevar a ley el decreto contra narcocorridos. Disponible en:
<http://www.debate.com.mx/eldebate/articulos/ArticuloGeneral.asp?IdCat=12302&idart=10927896>
- Gadamer, Hans-Georg (2002). *La actualidad de lo bello*. Barcelona: Paidós-I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1977.
- Griffith, James; y Manzo, Francisco (2006). Voices from Insaide a Black Snake, Part II: Sonoran Roadside Capillas. *Journal of the Southwest*, 48(3), 233-259.
- Jung, Carl G. (1999). *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1964.
- Kracauer, Sigfried (2008). *La fotografía y otros ensayos: El ornamento de la masa 1*. Barcelona: Gedisa.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (18 de agosto de 2010). *Archivo histórico de localidades*. Descarga de información correspondiente a la Localidad 250060001.
- Mendoza, Élmer (2007). *El amante de Janis Joplin*. México, D.F.: Tusquets, 2001.
- Mendoza, Élmer (2008). *Balas de plata*. México, D.F.: Tusquets.
- Montoya, Luis O. (2008). El Narcocorrido y Culiacán a través de su historia. *Arenas, Revista Sinaloense de Ciencias Sociales*, 17, 46-65.
- Pérez-Reverte, Arturo (2008). *La Reina del Sur*. México, D.F.: Santillana, 2002.
- Ramírez-Pimienta, Juan C. (2011). *Cantar a los narcos: Voces y versos del narcocorrido*. México, D.F.: Planeta.
- Roldán, Horacio (2006). *La urbanización metropolitana de Culiacán*. Culiacán: Gobierno de Sinaloa-Universidad Autónoma de Sinaloa-Fontamara.
- Rossi, Aldo (1981). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili, 1966.
- Sassen, Saskia (2003). Analytic borderlands: Economy and culture in the global city. En *A companion to the city*, (pp. 168-180). Reino Unido: Blackwell.

Scherer, Julio (2009). *La reina del pacífico: es la hora de contar*. México, D.F.: Random House Mondadori.

Valenzuela, José Manuel (2002). *Jefe de jefes: Corridos y narcocultura en México*. México, D. F.: Plaza & Janés.

Vértiz, Columba (2011). Narco estética. *Proceso, edición especial n° 24, 1ª parte*, pp. 64-66.

Wald, Elijah (2001). *Narcocorrido: un viaje al mundo de la música de las drogas, armas y guerrilleros*. Nueva York: Rayo.

Zunzunegui, Santos (2007). *Pensar la imagen*. Madrid: Catedra-Universidad del País Vasco, 1989.

Entrevistas

Anguiano, Ricardo (30/04/2011)

Aragón, Jesús F. (30/04/2011)

Gastélum, Arturo (30/04/2011)

Gastélum, Celia (30/04/2011)

Jiménez, Carlos (15/02/2011)

Llanes, René A. (30/04/2011)

Roldán, Horacio (30/04/2011)

Historia editorial

Recibido: 29/08/2012

Aceptado: 11/10/2012

Publicado: 7/11/2012

Formato de citación

Méndez, Eloy (2012). De anti-lugares, o la difusión de la narcoarquitectura en Culiacán. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 2(2), 43-62. Recuperado el XX de XX de 20XX, de <http://nevada.ual.es:81/urbs/index.php/urbs/article/view/mendez>



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de Reconocimiento 3.0 España de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos, comunicarlos públicamente, hacer obras derivadas y usos comerciales siempre que reconozca los créditos de las obras (autoría, nombre de la revista, institución editora) de la manera especificada por los autores o por la revista. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by/3.0/es/deed.es>

Es responsabilidad de los autores obtener los permisos necesarios de las imágenes que estén sujetas a copyright.

Para usos de los contenidos no previstos en estas normas de publicación es necesario contactar directamente con el editor de la revista.